

EL ÁNGEL CAÍDO

Enraizado en el cetro del mundo habitaba un ángel negro. Sus pies, como enormes tubérculos de un árbol seco, que no da fruto, se aferraban a la tierra de una forma desesperada. Dicho ángel tenía como arma maléfica un gran arco y siete flechas venenosas que cargaba sobre sus hombros. En ese mismo lugar vivía un joven ángel blanco, cuyas tiernas alas aún eran débiles por la falta del ejercicio de la vida. El ángel ejecutaba pequeños vuelos de aquí para allá hasta que se decidió, pasado el tiempo, a alzarse en el vuelo de su existencia. El vuelo, en un principio, era luminoso y limpio. Pero cierto día, no a muy tardar, el ángel negro divisó al joven ángel, al cual había estado buscando desde toda la eternidad. Fue verlo y preparar una de sus venenosas flechas con la intención de ser calvada en el cuerpo del ángel bello. El arquero endiablado tensó el arco con sus manos y lanzó la flecha hacia el horizonte, por donde volaba el joven ángel. La flecha fue a darle justo en el cuello y un haz de sangre emanó de su cuerpo. Cientos de bandejas de plata portaban los más sabrosos manjares de la tierra: frutos, carnes, vinos y dulces. Todo ello sobre una enorme mesa de comensal y el joven ángel comía y comía casi hasta reventar. Así pasaba un día tras otro, con el estómago lleno, sin apenas poder levantar el vuelo. Pasado el tiempo, el ángel reinició su viaje en las alturas cuando sufrió por segunda vez la herida de otra flecha venenosa. Ésta directa al estómago. Fue cuando amaso y amasó infinidad de piezas de oro, esmeraldas, rubíes, castillos, paisajes enteros a su nombre. Tras esto, el ángel volvió a alzar el vuelo, con mayor dificultad, puesto que se encontraba cada vez más pesado, mientras que el ángel negro cada vez se encontraba más satisfecho

de su labor. Una tercera flecha fue directa al sexo del joven ángel, si es que los ángeles tienen sexo. Un burdel se erigió ante él. Una joven virgen era subastada por unos cincuenta hombres, que babeaban alrededor de ella. Qué decir de la apuesta, pues que la ganó el ángel. Tras la noche, casi interminable, llegó el día y el ángel de nuevo voló por el horizonte. Otra gran flecha se dirigió al joven ángel. La flecha fue a dar en uno de sus ojos. Entonces vio que todos le adoraban como a un rey y éste, lejos de mostrarse incómodo, se engolfaba con tal postración hasta perder el sentido de la vista y volver a caer al árido suelo. A duras penas se irguió y volvió a alzar el vuelo. Poco después de elevarse, otra flecha se clavó en su cuerpo, esta vez en sus espaldas. Entonces el joven ángel vio como maldecía todo lo nacido en una actitud del todo iracunda, de tal forma que cayó de nuevo a la tierra. Otra vez se levantó el joven ángel e inició el vuelo con sus cada vez más plomizas alas debido al peso del mundo. El ángel negro afinaba cada vez más su puntería y así le tiró una flecha directa a su mano derecha. Fue entonces cuando el joven ángel decidió ser indolente por mucho tiempo. El demonio del arquero esta vez quiso no fallar en su tiro y le apuntó directo al corazón. Cuando la flecha llegó al mismo, el joven ángel cayó definitivamente en las más oscuras profundidades y en un sueño delirante veía como Dios se rendía a sus pies mientras manchaba definitivamente de roja sangre la tierra antes de morir. Al siguiente día, ahora ya un viejo y ángel negro, el que antes había sido uno puro y limpio, recién bajado al infierno, apuntaba sus flechas hacia otro joven ángel de tiernas alas.